Comercio Exterior, vol. 30, núm. 12,
México, diciembre de 1980, pp. 1308-1313

Publicado originalmente en el vol. 26,
núm. 5, mayo de 1976, pp. 524-529

El conocimiento económico de América Latina

CELSO FURTADO*

Hablar del conocimiento económico de América Latina exige comenzar por referirse al camino que hemos recorrido en el último cuarto de siglo. Cuando un grupo de economistas latinoamericanos hicimos para la CEPAL, en 1949, el primer *Estudio económico de América Latina,* apenas había datos incompletos sobre los balances de pagos de unos pocos países de la región. Ningún país disponía de algo que se pudiera llamar con exactitud cuentas nacionales, y aún menos de indicadores de las tendencias a medio y largo plazo del comportamiento de los principales sectores de la actividad económica. Sabíamos que las economías de la región habían pasado por dos decenios de crisis y depresión, reflejo de su dependencia de los mercados internacionales de productos primarios, y que algunas de ellas habían logrado en ese período profundizar su proceso de industrialización. Fue necesaria una crisis de esas dimensiones para que algunos países latinoamericanos se diesen cuenta de la posibilidad de desarrollarse apoyándose en el propio mercado interno. En esos países el comercio exterior ya no tenía la misma importancia como factor determinante del nivel del ingreso y en la oferta de bienes manufacturados. Sin embargo, con respecto a todo eso disponíamos de unos pocos indicadores parciales e imprecisos. Cuando llegué a Venezuela, hace ya aproximadamente 20 años, interesado en estudiar las amplias transformaciones que entonces empezaban en este país de extraordinarias posibilidades, no existían aquí los indicadores más elementales del comportamiento global de la economía.

No me detendré en lo que se hizo en esos años, que es del conocimiento de todo estudiante de ciencias sociales y aun de las personas que siguen la información tan sólo al nivel de la prensa no especializada. No obstante, me permito subrayar que el avance logrado no se limitó al tratamiento de la información en bruto y al simple conocimiento empírico de la realidad económica. Considerable esfuerzo fue igualmente realizado para comprender y explicar esa realidad, lo que requirió notable trabajo de elaboración teórica.

Los mayores obstáculos al conocimiento de las economías de la región quizá proviniesen menos de la pobreza de la información empírica disponible y más de la inadecuación de los esquemas teóricos utilizados. La supuesta complejidad de los instrumentos de análisis engendraba una actitud precio-

* Conferencia pronunciada el 4 de mayo en el "Seminario América Latina: conciencia y nación", organizado por la Universidad Simón Bolívar, en Caracas, Venezuela.

cista con respecto a la información, que era rechazada si no se presentaba con la apariencia de un extraordinario rigor. Además, la visión funcionalista de los procesos sociales, que está en la base del pensamiento neoclásico en economía, tendía a la construcción de lo que un crítico llamó *cajas vacías*, dentro de las cuales había que meter, de una u otra forma, nuestra realidad económica. En consecuencia, lo que era específico y propio de nuestro mundo desaparecía del campo de visión del analista.

Haber logrado romper con el pensamiento ortodoxo en una época en que éste alcanzaba su mayor prestigio, es un hecho que merece registro. Gracias a ello, América Latina logró un avance considerable en el estudio de los problemas del desarrollo y el pensamiento latinoamericano disfruta hoy una posición privilegiada no sólo en el conjunto de los países del Tercer Mundo, sino también en los propios centros universitarios que antes pretendían imponernos su ortodoxia.

Si tuviera que destacar un punto como el divisorio de las aguas entre el pensamiento económico que vino a prevalecer en América Latina y los esquemas conceptuales neoclásicos –punto de significación epistemológica pues traduce un cambio en la visión global de la realidad social a partir de la cual hacemos los enunciados que son los elementos de la construcción teórica– ese parteaguas, repito, consiste en observar la realidad social a partir de las resistencias que a su transformación ofrecen los elementos estructurales. Se trata, por tanto, de privilegiar la idea de transformación (lo que implica hacer explícitos juicios de valor) y, en seguida, orientar el aparato cognoscitivo hacia los elementos estructurales que ofrecen más resistencia a la transformación. Empleo la palabra transformación para significar desenvolvimiento global, es decir, inclusión hecha de los cambios al nivel de las estructuras. Ese enfoque del pensamiento latinoamericano entrañó el abandono del concepto de crecimiento económico, concepto que permanecería en el centro del esfuerzo de teorización en las universidades europeas y norteamericanas. Por otro lado, el enfoque latinoamericano llevó naturalmente al trabajo interdisciplinario, rompiendo las barreras entre lo económico, lo social, lo político. No es de sorprender, por tanto, que a los primeros trabajos teóricos de los economistas hayan seguido importantes contribuciones de sociólogos y científicos políticos.

Al poner en primer plano la idea de transformación y de resistencia a la transformación, el pensamiento estructuralista latinoamericano se aproxima a una visión dialéctica del proceso social, en contraste con la visión funcionalista neoclásica y el ahistoricismo del pensamiento estructuralista europeo contemporáneo. A los latinoamericanos las estructuras no les interesan como conjuntos de invariantes, o como base para establecer una síntesis de la realidad social. Las estructuras son observadas principalmente como expresión de la resistencia que ofrecen agentes sociales a los procesos de cambio que se tienen en vista.

Me permití subrayar este punto metodológico porque estoy convencido de que el avance del conocimiento económico de América Latina continúa dependiendo hoy, tanto cuanto en el pasado, de nuestra capacidad inventiva en el plano teórico. Es éste, seguramente, el primer desafío que se presenta a este Instituto* universitario que ahora nos acoge con tanta hidalguía.

Empero, si abandonamos el campo metodológico y hacemos un rápido balance de lo que conocemos de la realidad latinoamericana nos damos cuenta sin dificultad de que son muchas y extensas las lagunas. No es mi propósito inventariar esas lagunas, tarea que requeriría la cooperación de muchos especialistas. Me limitaré a presentar algunas reflexiones y a indicar algunos puntos que podrían ser de interés en la elaboración del plan de investigación interdisciplinaria de este Instituto.

Creo que es muy importante empezar por profundizar la comprensión que tenemos de nuestra historia. Es necesario no olvidar que la matriz institucional que continúa ordenando nuestra vida social tiene raíces profundas en nuestra historia y en la historia de los pueblos que conquistaron y colonizaron esta parte de América. Nuestros sistemas de cultura emergen de un doble proceso de conquista y de colonización. Las instituciones clásicas trasplantadas, como la encomienda y el latifundio, o tomadas de la tradición local, como la mita, son la expresión de un rígido sistema de dominación social. Sólo excepcionalmente ese sistema llevó a la destrucción física de la población dominada o a la esterilización de su herencia cultural. El caso corriente fue la simbiosis de dominados y dominadores y la emergencia de una realidad cultural nueva. El diseño de los perfiles nacionales, la definición de lo que es específico de cada pueblo, en la tela de fondo de la herencia cultural común, constituye un punto sobre el cual tendremos que continuar reflexionando, a fin de conocernos mejor unos a los otros y así crear las bases de una cooperación estable.

Directamente ligada a este problema de identificación de los perfiles culturales de cada pueblo está la formación de los estados nacionales, proceso que ocupa el primer medio siglo que sigue a las guerras de independencia. En la época de la ruptura de los imperios coloniales ibéricos las estructuras de dominación social de los futuros países latinoamericanos ya comportaban disparidades significativas, pero también guardaban importantes trazos comunes. En todas partes existía una clase latifundista, que estaría llamada a desempeñar papel decisivo en la formación de las nuevas estructuras de poder. Esa clase latifundista tenía orígenes diversos, pero presentaba un trazo común: una visión localista o regional del espacio político. La burguesía comercial, de desarrollo más irregular, es el resultado de dos procesos históricos distintos. El primero, ligado al antiguo régimen de flotas y de ferias, en fin, a la concepción monopolista del comercio que impuso España desde comienzos del siglo XVI. El segundo proceso surgió en las brechas de ese rígido sistema y se amplió considerablemente en el siglo XVIII como consecuencia de las concesiones que hicieron los Borbones a los franceses y en seguida a los ingleses. Por último cabe referirse, como parte del sistema de poder, al estamiento burocrático, con su apéndice eclesiástico, proyección del minucioso sistema de control de los poderes imperiales.

El papel de cada uno de esos grupos en la formación de las nuevas estructuras de poder que están en la base de los estados nacionales es problema que conocemos apenas super-

* Se refiere al autor al Instituto de Altos Estudios Latinoamericanos. [N. de la R.]

ficialmente. Una mejor comprensión de este tema nos permitirá ver más a fondo en el proceso histórico latinoamericano comprendido entre las guerras de independencia y la inserción en el sistema de división internacional del trabajo que toma impulso en el último cuarto del siglo XIX. Esa fase poco estudiada, durante la cual se consolida el latifundismo y se crean las primeras vinculaciones financieras internacionales, definirá el destino subsiguiente de los países latinoamericanos como economías especializadas en la exportación de unos pocos productos primarios y estructuralmente dependientes.

La ascensión del latifundismo en las nuevas estructuras de poder y su forma particular de vinculación con el exterior pueden observarse en dos situaciones distintas desde muchos puntos de vista: México y Argentina. En México surge, desde el primer siglo de la presencia española, una poderosa burguesía, implantada en la ciudad de México en posición estratégica entre el puerto de Veracruz y las zonas mineras del norte, de donde controla el comercio monopolista. No es sin razón que las leyes liberalizadoras del comercio de la época de los Borbones penetran en México con atraso de un cuarto de siglo con respecto a otras regiones americanas. A partir de la independencia se concibe en México una política de industrialización de líneas similares a aquellas que Hamilton con tanto éxito implantara en Estados Unidos. Sin pretender abordar directamente ese problema, llamo la atención por el hecho de que en el fracaso de esa política no son ajenos los obstáculos creados por los intereses localistas a la unificación del mercado interno. La reforma no se realiza en México con el objetivo de promover la formación del mercado interno, y sí de liberar tierras y mano de obra que alimentaran el latifundismo en su empeño para crear excedentes de exportación.

La Argentina se coloca en situación diferente pues la burguesía de Buenos Aires, que encabezó las guerras de independencia, era la negación misma de los intereses del comercio monopolista organizado por la Corona. Su fase de mayor expansión coincide con la liberalización del comercio en la segunda mitad el siglo XVIII. Con todo, esa burguesía no logra imponer un sistema de poder a la nación emergente. La autocracia unificadora, en la feliz expresión de Gino Germani, que está en la base del Estado argentino, es una proyección de los intereses ganaderos, cuyo latifundismo extremado constituirá la matriz de la moderna Argentina.

En síntesis, son los intereses latifundistas los que determinarán la forma como los países latinoamericanos se insertarán en el proceso de transformación económica que ocurren en escala mundial durante el siglo pasado. Las burguesías urbanas estuvieron presentes y algunas veces desempeñaron un papel fundamental, como en el caso de la promoción de la inmigración europea. Pero en ninguna parte dispusieron de poder suficiente para construir una base institucional. Es éste un punto de importancia fundamental, pues es durante ese período de la evolución del capitalistmo industrial que se establece la línea demarcadora entre lo que vendríamos a llamar economías desarrolladas y subdesarrolladas.

Con la perspectiva de un siglo, podemos hoy día observar *au ralenti* ese período extraordinario de transformaciones de la economía mundial que fue el tercer cuarto del siglo XIX. La revolución técnica en los medios de transporte marítimo se concretó en los años 40 y entre ese decenio y los años 70 el comercio mundial creció con tasa superior al 10% al año. Las corrientes financieras se intensificaron considerablemente y toda una infraestructura, expresión misma del nuevo sistema de división internacional del trabajo, empezó a ser implantada. Como ese sistema implicaba la subordinación de las economías locales al centro dominante, que era Inglaterra, hubo reacciones de distintos grados. Esas reacciones, que van del simple proteccionismo a la creación de industrias básicas por el Estado, están en el origen de los sistemas económicos nacionales que compartirán con Inglaterra el centro de la economía capitalista.

A esas dos realidades históricas que toman cuerpo en la mitad del siglo pasado —la división internacional del trabajo y los sistemas económicos nacionales— corresponden dos doctrinas económicas que continúan confrontándose hasta hoy: la doctrina de los costos comparativos, formulada por el inglés David Ricardo, y la doctrina de las economías externas y de la complementariedad, formulada por el alemán Federico List. Haber aceptado la primera doctrina en la condición de exportador de productos primarios —lo que ocurrió en América Latina— significó instalarse en una situación de dependencia de difícil reversibilidad. Sería equivocado imaginar que en nuestros países no hubo opciones, que la historia se cumplió dentro de rígido determinismo. En algunos países se ensayaron, aunque en períodos limitados, proyectos diferentes. Lo que me interesa subrayar es que necesitamos profundizar en el estudio del primer medio siglo que siguió a la independencia política, particularmente en lo que atañe a la génesis de las estructuras de poder que asumen los nuevos estados nacionales, si deseamos comprender mejor nuestra posición dentro del sistema capitalista y la naturaleza de la situación de dependencia que marcaría nuestra historia contemporánea.

Latinoamérica no es nada más una región que, por circunstancias históricas, acumularía, en el curso de los últimos cien años, un considerable atraso en el proceso de desarrollo. Es en realidad una región en donde el desarrollo asumiría determinada forma, que implicó renunciar en gran medida a la autonomía de decisiones. Ese tipo de desarrollo está orientado hacia la maximización de ventajas comparativas en el comercio internacional y la exportación de recursos no reproducibles, como los minerales y los hidrocarburos.

De esa manera fue posible elevar el ingreso de la población, o por lo menos de una parte de ella, sin que el conjunto de las fuerzas productivas conociese una evolución paralela. En otras palabras: se crearon condiciones para una rápida difusión del progreso técnico al nivel de las formas de consumo, es decir, se privilegió el proceso de modernización, en detrimento de la difusión del progreso técnico al nivel del sistema de producción. Sabemos hoy día que ese tipo de desarrollo (o seudodesarrollo) que ha prevalecido entre nosotros —basado en una forma de especialización internacional que se apoya en la utilización extensiva de recursos, muchas veces no reproducibles—, ese tipo de desarrollo, repito, engendra fuerte proclividad al consumo. Somos los pioneros de la

civilización del consumo, aunque ese consumo exacerbado sólo esté al alcance de minorías.

Desde un punto de vista estrictamente económico, esos problemas pueden colocarse en el cuadro de una teoría más amplia del proceso de acumulación. El análisis económico común, concentrado en observar la corriente del ingreso, poca luz proyecta sobre aspectos del proceso de acumulación que son fundamentales para comprender el tipo de desarrollo capitalista que ha ocurrido entre nosotros. En efecto, la corriente del ingreso puede crecer porque estamos utilizando más ampliamente recursos no reproducibles y también porque nos estamos beneficiando indirectamente del desarrollo de las fuerzas productivas en los países que importan los productos agrícolas que producimos en forma extensiva.

Pero no sólo la óptica común del economista que se concentra en la observación de la corriente de ingreso, nos lleva a una visión empobrecida de la realidad que debemos comprender. La propia teoría del desarrollo que prevalece entre nosotros se concentra en la observación del proceso de formación de capital, que es una de las formas que puede asumir la acumulación. En efecto, no disponemos de una visón global de la acumulación, pues nos limitamos a observarla allí en donde ella se incorpora directamente a las fuerzas productivas o se inmoviliza por largo plazo. Es fácil comprender que ese enfoque deriva de la observación de las economías desarrolladas, pues en ellas la acumulación al nivel del sistema de producción condiciona el comportamiento global de la economía, incluso las otras formas de acumulación. Pero no ha ocurrido lo mismo en nuestras economías, en las que la previa acumulación al nivel del consumo muchas veces ha determinado la intensidad y la orientación de la acumulación en el sistema de producción. Nos hace falta partir de una visión mucho más global del proceso de acumulación, fundada en una teoría de las decisiones intertemporales, es decir, en una explicación de las fuerzas que distribuyen en el tiempo la utilización del fruto del trabajo social y del efecto de esa distribución en la absorción del progreso técnico. Un cuadro teórico con esa amplitud podrá capacitarnos para construir una tipología de las formas de desarrollo y para mejor situarnos *vis-à-vis* de las economías contemporáneas.

Sin pretensión de profundizar en esa materia, de interés apenas para los especialistas, presentaré algunas proposiciones que pueden servir de estímulo a la discusión. Primera: la acumulación fuera del sistema de producción tiende a ser tanto mayor cuanto más concentrado es el ingreso disponible para consumo, por la simple razón de que la concentración del ingreso privilegia los bienes duraderos de consumo, que por definición son una forma de acumulación. Segunda: por el hecho de que la economía dependiente reproduce formas de consumo engendradas por las economías en que el nivel de acumulación es más avanzado, en aquélla el ingreso tiende a ser más concentrado y, por tanto, la acumulación fuera del sistema de producción es relativamente mayor.

A partir de esa concepción más amplia del proceso de acumulación, podremos avanzar en el descubrimiento de lo que es específico al tipo de desarrollo que ha prevalecido en nuestros países. Por ese camino comprobaremos fácilmente la considerable importancia que ha tenido el proceso de urbanización y, de una manera más general, toda la modernización en nuestro estilo de desarrollo. La urbanización latinoamericana constituye un ingente esfuerzo de acumulación que ha competido con la formación de capital al nivel del sistema de producción y ha pesado de forma decisiva en la orientación de la industrialización.

Aquí tocamos otro punto que merece ser incluido en el programa de trabajo de un Instituto como éste. Se trata de conocer mejor la industrialización latinoamericana. Industrialización en el sentido amplio de diversificación del sistema de producción y de elevación de su nivel técnico. Constituye una de las paradojas del desarrollo latinoamericano el hecho de que al insertarse en el sistema de división internacional del trabajo y elevar su nivel de ingreso, nuestras economías hayan simplificado sus sistemas productivos, se hayan tornado monoproductoras, como se dijo en cierta época caricaturizándolas. De ahí resultó la rigidez estructural cuyas consecuencias tan bien conocemos. Fueron esas estructuras productivas simplificadas las que por mucho tiempo bloquearon la penetración del progreso técnico al nivel del sistema de producción.

Esa observación es sustancialmente correcta y ese tema ha debido ser incluido en un plan de estudios. Pero debemos precavernos contra una visión demasiado simplificada de nuestro proceso histórico. En muchos estudios sobre el desarrollo latinoamericano, la industrialización surge como un proceso que viene *después,* cuando se ha recorrido bastante terreno en el proceso de inserción en el sistema de división internacional del trabajo. Desde un punto de vista metodológico ese enfoque es correcto, pues es la expansión de las exportaciones la que provoca la ampliación de la corriente del ingreso en el país y crea condiciones para que se desarrollen otras actividades, incluso las industriales. Sin embargo, si observamos el proceso desde un punto de vista estructural, vemos que las industrias o vienen a competir con actividades artesanales o semiartesanales (textil, confección, materiales de construcción, etc.) o se integran con las actividades de exportación o importación. Si dejamos de lado los enclaves de actividad exportadora controlados desde el extranjero, comprobamos que la expansión del comercio exterior se prolongaba en diversas formas de actividad industrial.

Esa interdependencia entre la forma de inserción en el sistema de división internacional del trabajo y el estilo de industrialización debe tenerse en cuenta si queremos comprender lo que es específico en el desarrollo latinoamericano. Dentro de esta óptica me parece importante distinguir las industrias que surgen como una prolongación de las actividades exportadoras, de aquellas que desde el comienzo se integran con las importaciones. Al lado de éstas cabe referirse a algunas industrias que resultan de una evolución orgánica de la actividad artesanal o son el fruto de un proyecto autónomo de industrialización, caso de la industria textil mexicana instalada en la primera mitad del siglo pasado. Pero este tercer tipo de industria tuvo significación secundaria y tendió a ser absorbida por las industrias que complementaban las importaciones.

Los dos tipos principales de industrias tienen comportamientos distintos que merecen ser estudiados en el contexto de los diversos países. Siempre que declinaba la demanda externa, también declinaba el nivel de actividad en las industrias complementarias de las exportaciones. Pero no ocurría lo mismo con el segundo tipo de industria: frente a una situación de escasez de divisas, era corriente que ellas procurasen reducir su coeficiente de importación a fin de mantener el volumen de negocios. En el primer caso las industrias operan como un multiplicador del ingreso y del empleo del comercio exterior; en el segundo, como un mecanismo compensatorio. Pero en los dos casos existe una integración orgánica con el comercio exterior, lo que se debe tener en cuenta al estudiar la formación de la clase industrial latinoamericana.

Cuando comparamos el desarrollo industrial anterior a 1929 en Argentina y Brasil, comprobamos que en el primero de esos países predominó el bloque de industrias vinculadas a las exportaciones y en el segundo las vinculadas a las importaciones. Como las industrias del primer tipo tuvieron su mercado reducido por la crisis y las del segundo lo tuvieron ampliado, compréndese que Brasil, cuyo mercado interno era menor que el de Argentina en esa época, haya encontrado mayores facilidades para proseguir la industrialización en los años treinta.

Cabría indagar qué significación tuvo en la formación de la mentalidad industrial latinoamericana el haberse vinculado de esta o aquella forma a un tipo de comercio exterior que por sí mismo engendraba la dependencia. La verdad es que carecemos de una adecuada comprensión de las motivaciones de los agentes que encabezaron la industrialización en nuestros países. La ausencia de una política coherente de industrialización antes de 1929 constituye un hecho de significación mayor en la historia moderna de América Latina. Su explicación no es extraña a la preeminencia del latifundismo en los sistemas de poder a que nos referimos. Por mucho tiempo la industrialización sería un simple esfuerzo de adaptación a las contingencias del sector externo.

Aquí tocamos otro punto que tiene importancia para figurar en el plan de estudios de este Instituto. Se trata de profundizar el estudio de los grupos que controlan las principales actividades económicas en nuestros países. ¿Cómo han evolucionado las estructuras de poder en el período reciente? ¿Cuál es el papel del Estado y cuál la naturaleza de las estructuras tecnoburocráticas emergentes? ¿Se admite que las empresas transnacionales constituyen un sistema oligopolístico en escala mundial? ¿Qué formas asume ese sistema en los distintos países de la región?

Es muy importante que en un centro de investigaciones como éste, los problemas de ese tipo sean planteados con claridad desde el comienzo. Así se evitarán las ambigüedades que tienden a trasladar los problemas al campo de las confrontaciones ideológicas, que suelen esterilizar el trabajo inventivo en las ciencias sociales. No se trata de desconocer la importancia en la vida social y en la especialización académica de las ideologías y de la crítica de las ideologías. Se trata de delimitar con rigor el campo de la investigación y de evitar que el debate epistemológico, al nivel de las construcciones conceptuales, interfiera en el trabajo metódico, al nivel de enunciados precisos, que constituye la investigación científica.

Quizá el problema más general y más apremiante al que nos enfrentamos hoy día sea el de las relaciones de los estados nacionales con las empresas transnacionales. En la medida en que vamos comprendiendo que la gran empresa, particularmente la empresa de actuación internacional, es una institución de derecho público, es decir, ejerce poderes que interfieren en el bienestar y en la forma de vivir de los ciudadanos, también nos vamos convenciendo de que no es ése un problema que deba abordarse con criterios de simple análisis económico. Se trata en realidad de cuestiones referentes al orden constitucional de la ciudad y en particular a la inserción del Estado-nación en el orden internacional. Ese problema, que requiere un enfoque interdisciplinario, corresponde más que cualquier otro a la vocación de este Instituto.

Para abordar ese tema se requiere partir de una visión del proceso económico en escala mundial. Sería ingenuo desconocer que se están creando, en escala planetaria, vínculos de interdependencia económica de nuevos tipos. Como siempre ocurre en las ciencias sociales, no disponemos de esquemas teóricos para mirar hacia el futuro y cuando la historia se acelera se nos reduce la capacidad para comprender el presente. La verdad es que las relaciones económicas internacionales, que están en la base de las teorías que continuamos enseñando, han sido en gran parte sustituidas por un tejido de relaciones transnacionales que escapan totalmente a nuestros esquemas teóricos.

Ahora bien, el poder de decisión que desarrollaron los estados para controlar y disciplinar las relaciones internacionales, frecuentemente carece de toda eficacia ante la realidad transnacional. Es ese tejido de nuevas relaciones el que debemos estudiar en la búsqueda de nuevos enfoques teóricos, teniendo en cuenta que se trata de un proceso de difícil reversión, de importancia histórica similar a la expansión comercial europea del siglo XVI y a la formación en el siglo XIX del sistema de división internacional del trabajo en que se formaron nuestras economías nacionales. Nuevas formas de actividad transnacional están emergiendo en nuestros días, incluso integrativas de economías nacionales regidas por sistemas políticos totalmente distintos.

Otro punto que ha de tomarse en cuenta es que las relaciones económicas tienden a ser cada vez más, queramos o no, relaciones de poder como resultado de la dimensión de las empresas, de las relaciones de dependencia que se crean entre éstas y como consecuencia de la acción transnacional de los grupos económicos. No sería en Venezuela, país que ha tenido responsabilidad principal en la concepción y organización de la OPEP, donde yo vendría a dar lecciones en esta materia. Pero conviene subrayar que el poder de las empresas está directamente ligado a la naturaleza de los recursos que controlan. El grado de elasticidad de la demanda, las posibilidades de sustitución del producto a medio plazo, las posibilidades de almacenamiento y el costo de este y otros aspectos similares, dan a un producto mayor o menor capacidad de generar poder.

Deseo aludir en particular a un recurso que ocupa más

que cualquier otro la posición dominante en nuestro sistema de civilización. Me refiero a la técnica, cuya acumulación está ligada al poder financiero y cuyo avance se vincula al control de la creatividad humana en la ciencia y sus aplicaciones.

Cualquiera que sea la opción política que adoptemos, tendremos que continuar maniobrando dentro de un espacio delimitado por un horizonte de posibilidades técnicas, horizonte que se viene desplazando con rapidez creciente e independientemente de nuestra voluntad. Podemos y debemos influir en el curso de nuestra historia, a partir de nuestros ideales de hombres y de las aspiraciones de nuestros pueblos. Pero nuestras opciones son ellas mismas fruto de nuestro sistema de civilización y éste tiene su punto de apoyo en el avance de la técnica, sobre el cual escasa o ninguna influencia hemos tenido en razón misma de nuestra situación de dependencia.

Ahora bien, el avance de la técnica se subordina, cada vez más, a la lógica de los grandes espacios económicos, entre los cuales se incluyen los espacios transnacionales. Eso no debe sorprendernos si tenemos en cuenta que la técnica de vanguardia responde casi exclusivamente a los problemas que plantean las grandes empresas y los gobiernos de los países que ejercen su poder en ámbito planetario. Por tanto, es al nivel más alto de las relaciones de poder que se sitúan los factores responsables de la orientación general del progreso técnico.

Esa jerarquía de los recursos que generan poder debe merecer atención detenida en nuestros estudios. No se trata de aislar unos recursos de otros, pues la invención técnica está ligada a la capacidad de movilizar medios financieros, lo que por su lado no es independiente del control de otros recursos. Se trata de reconocer que la estructura de poder que actualmente decide los rumbos de nuestra civilización tiene en su cumbre el control de la creatividad técnica y de los medios de hacerla operativa.

Cuanto más desarrollada es una economía tanto más depende de su acceso a la innovación técnica. Si el país no produce esa innovación (y ningún país produce actualmente más que una parte de la corriente de innovación técnica que domina la economía mundial) tendrá que importarla. Explícase, así, que la aceleración del desarrollo ocurrida en el último cuarto de siglo en los países más industrializados, haya asumido la forma de una intensificación de la interdependencia de ellos. También es ésa la razón de que las economías socialistas con niveles más altos de desarrollo busquen creciente cooperación internacional. El problema fundamental es el de saber quiénes controlan esa técnica, quiénes ejercen el poder que ella genera y quiénes tienen que pagarla con recursos que generan menos poder, particularmente con esa moneda depreciada que constituye la mano de obra barata de los pueblos del Tercer Mundo.

Es desde este punto de vista que debe examinarse el problema del control de las actividades productivas y de la participación en ese control de las empresas transnacionales. No debemos perder de vista que tales empresas son sistemas dotados de una coherencia interna, que no podemos comprender si no conocemos sus objetivos últimos. Como nadie puede afirmar que exista una compatibilidad *a priori* entre tales objetivos y aquellos del país de una filial, las relaciones entre la empresa y los centros de decisión del Estado nacional no pueden ser sino de naturaleza política, es decir, el resultado de una relación de fuerzas. De ahí no se debe deducir que no existen posibilidades de cooperación y aun ocasionales convergencias de objetivos. Que el control de la técnica esté principalmente en manos de poderosos grupos internacionales es un hecho del cual debemos sacar las consecuencias.

Cuando imaginamos que la opción a esa situación sería el control exclusivo de ese patrimonio técnico por estados nacionales, en la mayoría de los casos poderosos, nos damos cuenta, sin dificultad, de que la situación actual no es la peor. El problema fundamental consiste en definir sus propios objetivos y buscar en la cooperación internacional entre gobiernos recursos adicionales de poder. A la interdependencia impuesta por una técnica que no controlamos, debemos hacer frente con recursos políticos que en el mundo actual sólo puede generar la cooperación internacional entre países que tienen intereses comunes.

La enorme concentración de poder que caracteriza el mundo contemporáneo, poder que se manifiesta bajo la forma de poderosos estados nacionales y no menos poderosas empresas transnacionales, unos u otros dotados de inmensos recursos financieros, del control de la técnica y de la información y de instrumentos de intervención abierta o disfrazada en escala planetaria, coloca a América Latina en condición de flagrante inferioridad, en razón del atraso que han acumulado sus economías y de las exiguas dimensiones de sus mercados nacionales. Dos consecuencias se desprenden directamente de esa observación. La primera es que el reencuentro de los pueblos latinoamericanos en un destino común se impondrá cada vez más como una idea-fuerza a todos aquellos que pretenden luchar contra el subdesarrollo y la dependencia de nuestros países. La segunda es que la idea de reproducir entre nosotros la experiencia de desarrollo económico en el cuadro de instituciones liberales parecerá cada vez más una quimera a todo observador lúcido de nuestro proceso histórico. Frente a la transnacionalización de la economía, la opción del Estado liberal significa hoy día, en economías dependientes, renunciar a tener objetivos propios, aceptar una progresiva desarticulación interna, quizá la pérdida del propio sentido de identidad nacional. Debe recalcarse que esa desarticulación va aparejada a crecientes desigualdades geográficas dentro de un mismo país, concentración social del ingreso, marginalización de amplios sectores de población, en fin, costos sociales en aumento.

Mi propósito al hacer referencia a algunos de esos temas, en forma superficial, era sólo el de llamar la atención respecto a la magnitud de las tareas que están llamados a realizar los investigadores de este Instituto. El hecho mismo de que haya sido creado, primera institución del género en América Latina, es una indicación de que la idea-fuerza de la convergencia de los destinos de nuestros pueblos está avanzando. Y que la iniciativa haya surgido en Venezuela, en un momento de colapso de la vida política de tantos países de la región, no sorprende a los que admiramos esta tierra de donde partieron los peregrinos de la lucha por la libertad de nuestra América. □